

# Cultura y mitos argentinos

**H**a transcurrido una década desde el fin de la dictadura de cuya cultura de la época se nos pide que reflexionemos. Cumplimos, paralelamente, una década de restauración democrática. Diez años tal vez no sea mucho tiempo, pero parecen suficiente para permitir algunas verificaciones. Una: qué disposición o voluntad tenemos los intelectuales argentinos de conjunto para abrir el debate de aquel período tenebroso. Y bien, estos diez años nos muestran que hemos tenido poca, de una y de otra. Un desinformado podría argüir que tal vez esto haya sido así debido a que, en ese período, la mayoría de los intelectuales argentinos teníamos ideas comunes, que tanto los que se habían ido al extranjero como los que permanecieron aquí compartían enfoques y valoraciones. Un desinformado, desde luego. Los juicios de hecho y, más aún, los de valor, se escindieron, lo sabemos todos, en un antagonismo exacerbado. Antonio Skármeta, al pasar por la Argentina en 1985, subrayó en un reportaje la identidad cultural y fraternal que los intelectuales chilenos habían enlazado entre los que se fueron y los que se quedaron. Deslizó, respecto de nosotros, este cordial eufemismo: «Según pude saber, la situación no fue tan armónica en la Argentina». Nos sobran motivos, por tanto, para reexaminar ese pasado reciente. No lo hemos hecho.

Mi vida de ese período se tiñó de una contingencia excepcional respecto de los intelectuales y argentinos en general: si bien permanecí en el país en el largo plazo dictatorial (1976-1983), viví también un interregno de un

## Testimonios

año y medio en Europa (1980-1981); residí la mayor parte del tiempo en Barcelona, con dos estadas en París. En el segundo semestre de 1979 mis divergencias con la dirección del Partido Socialista de los Trabajadores, del que había sido responsable del frente de intelectuales, fueron resueltas con mi *supresión* partidaria, una suerte de expulsión administrativa que suele usarse cuando la dirección no considera oportuno proclamar internamente la sanción y el sancionado está inhibido, bajo una dictadura, de protestarla públicamente. Puedo decir, por consiguiente, que conocí bien la vida de aquí y bastante la del exilio, sin ser ni considerarme un exiliado.

Diez argentinos en una ciudad extranjera pueden vivir inadvertidamente, como cualquier grupo minúsculo de que se trate y en la extranjería que fuere; es imposible, empero, no estimular resonancias ni dejar huellas si son muchos y además se arraciman en colonias, que innumerables veces fueron guetos. Es lo que sucedió en las tres ciudades en las que se concentraron: Madrid, Barcelona, México. No puedo decir que desconocía nuestros usos de picaresca, la inteligencia degradada en astucia que los porteños maldenominamos «piolada», pero el choque que produce verlos contrapuestos a otras culturas cotidianas obra como un descubrimiento lacerante. No he sido el único, por supuesto, al que esa confrontación se le apareció como una revelación moral perturbadora, que parecía enfrentarnos a cierta autocomplacencia anterior y nos abría una dimensión que sólo se percibe en la vida social *vivida*, de la que no podemos tomar conciencia en los libros. Esta fue la impresión central que se me acumuló en mi estancia en Europa.

Soy consciente de que digo esto en un momento en que la animosidad hacia los «sudacas» ha crecido, alentada por la ola de xenofobia, y algunos europeos podrían servirse de estas reflexiones para refirmar sus prejuicios. Pero diez años de estar sometido sin pausa por mis libros y artículos al sambenito de «hacerle el juego al enemigo» me han curado, se comprende, de intimidaciones corporativas. No he eludido juicios, ni han conseguido inducirme a abstenerme de ellos, en cuestiones más encrespadas. Porque lo que quiero decir, en definitiva, es que esas conductas colectivas que percibía de un modo tan agudo fueron conformando una molestia no digerida que terminó, como le sucede a todo escritor, volcándose en la escritura. En el segundo semestre de 1980

escribí todo lo esencial de lo que después se organizó en dos libros, publicados en 1985 y 1986 en la Argentina; había llegado a Barcelona en enero<sup>1</sup>.

Los comportamientos de la mayor parte de la intelectualidad exiliada se inscriben en los usos argentinos a los que aludo. En diciembre de 1980, en lo que era y fue prólogo del libro de 1985, remarcaba nuestra tradicional incapacidad para el debate teórico fecundo, las reticencias y negaciones que obstruyen las revisiones históricas y políticas que nos debemos desde hace décadas. En el texto de 1986, al hacer inventario de nuestros hábitos y enfrentamientos y tener ya ante mí los silencios evasivos que habían jalonado los primeros años de democracia, no pude sino considerar «impensable, entre nosotros, un debate colectivo sobre las corresponsabilidades». No se puede, en 1993, morigerar siquiera los alcances de aquellas afirmaciones. Nada se ha alterado, ni en lo fáctico ni en lo imaginario, de lo que sin duda nos peculiariza como comunidad, nos gusten o no nos gusten las peculiaridades de que se trata.

La dictadura tuvo, por supuesto, sus intelectuales «orgánicos». Intentaron dotarla de un revestimiento culto, le dirigieron revistas de mucho costo y escasa materia, le inflaron en 1978 un Congreso Nacional de Intelectuales y unas Jornadas de Filosofía, deliraron con una pretenciosa continuidad de la Generación del (18)80, trataron de cubrirle los flancos pertinentes. Muchos de ellos, un mes antes del retiro de los militares y con las elecciones en curso, se democratizaron *derrepente*, como decíamos de niños. Hubo giros que hubieran hecho la delicia del *Pago Chico* de Payró. Eugenio Pucciarelli, que había estado a la cabeza del proyecto cultural de la dictadura, filtró oportunamente su firma en un reclamo de libertad que presidía el premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, en noviembre de 1982, y, en marzo de 1983, se hacía reportear en *Clarín* para estampar esta conmovedora convicción: «La cultura es inseparable de la libertad». He registrado nombres y actos en el libro del 86, pero siempre me sigue llamando la atención, y escociendo, el que nadie de aquellos firmantes de noviembre objetara este cinismo pícaro y rechazara la firma. Eran hombres que habían luchado con entereza por los derechos humanos, con los riesgos consiguientes. Tampoco hubo quien saliera al paso del camaleón y su gracioso reportaje. No tenemos ya reflejos para reaccionar

ante la picaresca; estamos muy lejos como intelectuales de aquella fiscalía civil que ejercían Payró, Fray Mocho o el menos remoto Martínez Estrada. No sirve de consuelo el que pertenezcamos a una sociedad cuya capacidad de sanción moral es escasa, como lo muestra hoy la débil reprobación de la enorme y auspiciada corrupción del menemismo.

Todo espíritu moralmente inquieto en la Argentina, que los hay aunque vivan en minoría y escaldados, se pregunta todos los días: ¿desde dónde, entonces, se construirán pautas generales de conducta, valores que una comunidad se acostumbra a respetar porque su incumplimiento se sanciona civilmente? Desde esta moralidad media se hizo mucho más difícil, se comprende, abrir juicio sobre los Mefistos, esa franja intermedia que oscila entre el consentimiento y la complicidad. Pasaron del todo indemnes. No fueron los expositores del discurso despótico, como los primeros; se especializaron en hallar en ese discurso las grietas no autoritarias, que todo discurso de poder hábilmente exhibe. En un marco de salvaje represión, jugaron a crear la ilusión de que era posible ampliar esas grietas, aprovecharlas. Alentaron la esperanza de que no todo era despotismo, de que se podía disputar con los dictadores un espacio de vida democrática. No inventaron, en este sentido, nada. Ante cualquier objeción, sostuvieron, como todos los Mefistos en todos los totalitarismos, que hicieron lo que hicieron para evitar que otros lo hicieran peor, que si abandonaban esos lugares se hubieran perdido las inteligentes islas que ellos preservaron para nosotros, para la sociedad...

Pero la subespecie que más irritó a todos, a los «de afuera» y a los «de adentro», fue una mezcla de complicidad desafiante revestida de compromiso con la patria, o con la nación, o con los dioses tutelares de la argentinidad, como borboteaba su espécimen más destacado y penoso, Marta Lynch. Una fórmula sintética los identificaba: eran «los que nos la *bancamos* aquí». Apelación tanguística: venían a ser los que se la aguantaban, mien-

<sup>1</sup> Me refiero a La Argentina que quisieron (*Sudamericana-Planeta*, 1985), un examen del foquismo urbano y de la dictadura genocida y sus distintas formas de terrorismo, y El exilio es el nuestro (*Sudamericana-Planeta*, 1986), referido precisamente al tema de esta convocatoria de Cuadernos Hispanoamericanos. Las transcripciones y referencias precisas que incluyo en este artículo sin indicar la fuente pertenecen al segundo libro.

tras otros habían huido cobardemente. ¿Se bancaban qué? Apoyaron la dictadura, disimularon el genocidio, justificaron de mil maneras la «guerra sucia», publicaron mientras el resto era amordazado. Lo hicieron con absoluta impunidad crítica hasta principios o mediados de 1980, en que se hace ya imposible cohonestar la brutalidad sistemática de la represión y la crisis económico-social se acelera. Uno de ellos, tratando de justificarse, farfulló esta metafísica: «Entre la nada y la pena, elijo la pena. La nada era irse del país adoptando una posición nihilista, y la pena significaba lo que estábamos viviendo». La denostación del exilio fue el signo principal de este tipo de intelectuales, que no evitaron responsabilizar a los exiliados de la «campana antiargentina», haciendo eco a aquel eslogan de la dictadura, maniqueamente eficaz, que brotó entre los vahos del Mundial 78. Semejante posición obtuvo, comprensiblemente, la aquiescencia y difusión de tanto periodista que, como mínimo, dejó de decir lo que pensaba y encontró en la fórmula un sostén o coartada. Ya se sabe de la potencia imaginaria de estas reconfortaciones. Sin embargo, pese a que la fórmula tuvo su socialización entre tantas profesiones conturbadas, fueron minoritarios los intelectuales que la cultivaron. Tal vez por la difusión que tuvo en los *mass media*, que los exiliados leían, tal vez porque esa posición los agredía directamente, los integrantes del «exilio mítico» la erigieron en el blanco predilecto.

He denominado de ese modo al mito autoheroizante instaurado por los intelectuales argentinos exiliados que ocuparon el centro de la escena. No sé si fueron numéricamente mayoría, pero sí lo fueron en el espacio público representativo. Para consagrarse, como lo hicieron, los únicos actores de la resistencia a la dictadura, negaron todo asomo de aquélla en el interior del país. Osvaldo Bayer fue un vocero típico que llegó a la desmesura de acusar de complicidad con la dictadura a toda la sociedad argentina, salvo las Madres de Plaza de Mayo, los integrantes de organismos de derechos humanos y los exiliados. Borró con enérgicos plumazos a los militantes revolucionarios, a los activistas sindicales, a las fuerzas que se replegaron salvaguardando sus estructuras orgánicas, a los innumerables intelectuales que construyeron lo que definí como «resistencia molecular» y otros, con similar apreciación, llamaron «cultura de cacumbas». Para el *exilio mítico*, todos los que estuvi-

mos en la Argentina somos culpables por sospecha. Estos intelectuales conformaron, como puede verse, el reverso dicotómico de los que «nos la bancamos aquí». Una de sus falacias fue, justamente, reducir las distintas posiciones de los «permanecientes» a la impostura de aquéllos.

Se pueden recorrer, como yo lo hice, los textos de aquella época en que se instituyó la mitificación: el exilio es equiparado a la cárcel o a la muerte. ¿Cómo podían redimirse de su culpabilidad los que seguían vivos en el país? Ni siquiera los que participaban en la tarea silenciosa de la resistencia estaban a salvo de la excomunión. En Europa, esta sensación mortificante se me combinó con la de impotencia, pues mi disposición de regresar a la Argentina me privó de intervenir públicamente en el debate. Sólo recuerdo un par de textos breves en el *Diario de Barcelona*, en 1981, firmados con seudónimo, sobre el terrorismo de la ETA. Fueron por lo demás incitados por un intelectual catalán al que mis tesis sobre el foquismo urbano argentino y sus «críticos complacientes» le parecieron oportunas para cierta izquierda española. La decisión de volver imponía, obviamente, pasar lo más inadvertido posible. Comprendo, a la distancia, que este entrecruzamiento de impotencias haya impulsado algunos énfasis y parcialidades en mi libro. Es difícil contemplar con equilibrio el modo mistificador con que esos compatriotas utilizaban sus canales libres de escritura cuando uno no ha publicado, en siete años, más que aquellos textos con seudónimo y un artículo de cuatro paginitas en una revista de la resistencia. Mientras aquéllos se autoheroizaban y heroizaban al guerrillerismo urbano, aquel artículo<sup>2</sup> trataba, con una reflexión caliente, de reforzar en los jóvenes escritores la confianza en la potencia revulsiva de la escritura, frente a la campaña de fragmentación y derrotismo con que se pretendía sepultarlos. En el fondo, reafirmaba la continuidad, y mi continuidad, de la tarea intelectual crítica, que el radicalismo setentista había arrojado al menosprecio y a la mala conciencia.

Álvaro Abós, en una de las pocas recensiones atentas de mi libro, me ha reprochado que no subrayara el papel de *Testimonio Latinoamericano*, la revista que, en

<sup>2</sup> Carlos Alberto Brocato, «Sí, el poder de la literatura», *Nova-Arte*, Buenos Aires, n.º 1, septiembre de 1978.